



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13220

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Trece meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIERCOLES 6 DE DICIEMBRE DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Daumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Aunque no se quiera

Quieras que no quieras, en algunos instantes hay que hablar de política.

Precisamente atravesamos uno en que se impone esa conversación: que no es la cosa pública materia desdeñosa cuando se presenta ensombrecida amenazando á todos.

Ha cambiado el ministerio. Ha entrado á presidirlo una figura que tiene gran relieve, llevando en su programa propósitos tan populares como la abolición de los consumos. Ha ocupado el ministerio de Marina, marino tan ilustre como el general Concas, deseoso de hacer defensa nacional marítima. Ha entrado á presidirlo un general de alientos, el más joven de los generales, cuya historia, escrita toda ella en el campo de batalla, es brillantísima. Ocupa la cartera de Fomento un hombre enamorado de su procedimiento, que le corresponde como autor del mismo, para hacer rica á la nación. Y ocupan los demás ministerios otros hombres de los que se dice que tienen el propósito de llevar á la práctica leyes económicas que ya fueron presentadas á las Cortes y aplaudidas por el país.

Estamos, pues, en un momento de esperanza de que la nación se regenera, como no ha habido otro desde que, para desgracia nuestra, perdimos el imperio colonial que poseíamos; pero lejos de favorecerlo nuestros hombres, en lugar de fiscalizarlo para impedir que se pierdan propósitos tan buenos, encastillan en sus miras políticas y pretenden que se reforme todo, excepto la labor infecunda á que hace tiempo vienen entregados.

Una larga experiencia; una experiencia triste en la que debe buscarse la causa del desdén con que los españoles miran la cosa pública, nos ha hecho comprender que los partidos—y hablando con más propiedad sus directores—se ocupan solo en derribar gobiernos. De nada sirve que el minis-

tro de éste ó el otro ramo presente un proyecto de ley beneficioso; porque los unos por no ser mejor y los otros porque aspiran á que se deba á ellos la gloria de implantarlo cuando sean poder, harán uso de todos los resortes para combatirlo; con lo cual se dan por satisfechos, quedándose el país sin el beneficio ó la mejora.

Tal ocurre en la hora presente. Se encuentra el gobierno en la necesidad de aprobar los presupuestos para el año que viene. No hay tiempo que perder, porque el plazo es fatal y se ha acordado en demasía. Pues bien; en esos momentos premiosos se ocupan nuestros diputados en sembrar divisiones que para nada sirven si no para gastar el tiempo.

Y menos mal, que la pregunta pasa y la contestación puede ser breve; pero el fin queda y a la larga produce el efecto que queda.

¿Qué significa en el nuevo Gobierno la presencia del señor Gasset? ¿Están con él sus antiguos compañeros?

Estarán ó no; el país no se preocupa de eso; lo ha visto exaltado al cargo de ministro, y lo aplaude porque conoce sus propósitos que son regenerar la agricultura para multiplicar las fuentes de riqueza.

¿Merece el gobierno que se le respete? ¿No se pedía la caída de Montero y aún las oposiciones volvían la vista á Moret?

Pues no se le pidan imposibles como la abolición inmediata del impuesto de consumos, porque ni los días que faltan para el año próximo dan de sí bastante para fabricar un presupuesto nuevo, ni tiene él la culpa de no haber hallado otro mejor.

Pidánselo, eso sí, declaraciones. Por ser él presidente y estar en posesión del programa completo que ha de desarrollar, no puede ignorar nada en cuanto á los propósitos de implantar reformas ni respecto á los tiempos en que han de ver la luz. Eso sería práctico y ayudaría al país á saber lo que ansía avalorando su esperanza. Lo demás es encerrarse en el círculo vicioso en que viene girando esta política infe-

cunda que ha hecho de España una nación de descreídos.

TIJERETAZOS

El atentado contra el presidente Roosevelt, de que hablaron las agencias haciendo pensar con horror en las bombas Orsini, es un modesto infundio de los más baratos.

No hay tal bomba, si siquiera disparo de revolver, ni tiro de escopeta.

Lo que hay es uno de tantos salvajes—aquí también se crió—que arrojó un pedazo de pólvora en un tren donde viajaba el presidente.

Las cosas de América son así: O ponen los pelos de punta ó hacen reír a carcajadas.

Dice un periódico que el jefe del partido liberal inglés es español, machacon, insistente y pesado en sus discursos.

Si llega á su país español se cae.

No; a veces no se cae porque no hubiera subido.

Leemos: «El voto en Alemania ni se compra, ni se vende, ni deja de ser ejercitado y se ejercita honradamente, sin temor á su plantación sustituir, por otra parte, aquí no podían haberse.»

Eso aquí es aquí.

En este aquí se compra, se vende y se arroja á la basura, que á eso equivale no hacer uso de él.

Los estudiantes de Derecho de la Universidad madrileña han perdido el curso. Qué castigo... para los padres, que son los verdaderamente castigados.

Los estudiantes de la Escuela Militar de Constantinopla se han sublevado pidiendo una constitución para el país.

Por ahí se empieza. Y así se acaba por lo que se sigue el camino de Rusia, que se está desquiciando.

De un artículo que publica «La Correspondencia» relativo á los ayudantes de las secciones de Letras y Ciencias de los Institutos, que no cobran nada por desempeñar sus servicios, tomamos este párrafo:

«Para ser ayudante, se requiere ser li-

enciado ó doctor en las Facultades de Ciencias ó de Letras, son nombrados mediante concurso de mérito, y como hoy las asignaturas del Bachillerato son múltiples, el trabajo de los ayudantes es bastante; existe alguno que tiene á su cargo cuatro y seis cátedras, sin retribución alguna.»

Tiene el articulista muchísima razón haciendo esta pregunta:

«No es bogarano que el Estado imponga servicios que no paga?»

En efecto; bogarano es.

Pero ha de permitírnos el articulista que pongamos la palabra *aprovecho* donde él ha escrito *imponga*.

Por lo demás, lo que pueden hacer los ayudantes es declararse en huelga.

Así como así no les pelagra el sueldo.

La enfermedad de la ligereza

Gentes que flotan y gentes que se van á pique — En qué consiste la dolencia y cómo se cura.

Es costumbre decir de algunas personas poco formales en actos ó palabras: ¡fulano es muy ligero! ó ¡fulano es individuo de poca pesu, ocurriendo también que los aludidos, si lo oyen, se quedan tan frescos.

Pasa que los tales prestan oídos de merced á la censura, ya que ésta, por reformarse á deficiencias, ya que ésta, por reformarse, no parece tener sino significación muy relativa.

Sin embargo, aquellas palabras no deben caer en saco roto, si el que las escucha es hombre cuidadoso de su salud. ¿Por qué? Pues sencillamente porque quizá sea beneficioso aviso que nos da la casualidad acerca, no de un defecto psíquico, pero sí de una terrible enfermedad que cada hijo de vecino puede llevar á cuestas sin percatación de ello.

Esta enfermedad, sobre la que acaba de publicar interesantes observaciones el médico francés M. Paul Ferris en los «Archives générales de médecine», es la «osteocimia», ó mal de la ligereza.

Antes de decir en qué consiste, cuál sea su pronóstico y cuál su sistema curativo, veamos cómo puede ser descubierta.

Quizá habrá advertido el lector, si ha visto metidos á varios individuos de su familia en un baño casero, que algunos de ellos tienen extraordinaria tendencia á flotar, mientras que otros caen como un plomo en el fondo del recipiente.

Si el que sube á flor de agua con facilidad es persona gruesa, no habrá dado el observador importancia al caso, atribuyéndolo al fenómeno á la especie de cinturón salvavidas que forma el tejido adiposo en torno del cuerpo.

En principio no andará descaminado el que piense así, puesto que todos nuestros tejidos sólidos, eso que vulgarmente se llama «manteca», tiene menor peso específico de á flotar arrastrando á los otros componentes corporales, más pesados que el líquido en que se hallan sumergidos. Explicación física que no excluye la posibilidad de la osteocimia, cual veremos líneas adelante.

Puede acontecer, en cambio, que el individuo con tendencia para flotar sea tan huesudo y acartonado como el «ingeniero Hidalgo», y en este caso no se debe descuidar la indicación: aquello es un síntoma de grave deficiencia; se trata de la «osteocimia», de un pobre cuyo esqueleto ha perdido la densidad normal.

En él los huesos se han aligerado de peso (conservando no obstante su volumen) por efecto de la carencia de sustancias minerales, y en particular de cal.

Ahora, téngase en cuenta que la ligereza del esqueleto es preludio de la «osteomalacia», como si dijéramos, de la osteocimia en su grado máximo, y que se manifiesta por la parálisis terrible.

Llegado ese terrible instante, el enfermo tiene que resignarse al sillón del inválido y esperar allí inmóvil la muerte.

Ello no es sino la consecuencia de haberse reblandecido totalmente los huesos, convirtiéndose, de rígidos y resistentes, en un tejido casi gelatinoso, flexible y frágil.

Faltos los músculos y las entrañas de sus soportes naturales, sobreviene el desmoronamiento general del organismo.

Hay, pues, motivo para vigilar á las personas «ligeras», á los «osteocímicos», científicamente hablando.

¿Y de qué proviene la osteocimia? Ya lo indicamos antes: de un vicio de nutrición, por una causa ó por otra, el esqueleto ó no tiene ó no retiene las sales minerales que le son indispensables.

Puede una persona nacer descalcificada ó irse descalcificando poco á poco, y en ambas circunstancias es de vital importancia, ingerir sal en forma asimilable.

Y no sólo es el baño quien puede advertirnos el peligro: existe otro medio de descubrirlo, que vamos á recomendar á aque-

a vida social he hallado el amor de mi Ana! No he conocido de la vida más que las flores; esta felicidad no podía ser duradera...»

Un ruido extraño hizo que Eugenia suspendiese la lectura de la carta y saliese de la habitación.

estás á darte y á recibir de tí el último beso; último beso en que bebería yo la fuerza necesaria para mi empresa...»

«¡Pobres Carlos! ¡He hecho bien en leer! Tengo oro; se lo daré.—pensó Eugenia.

Y después de haber enjugado sus lágrimas, prosiguió la lectura.

«No había yo pensado en las desgracias de la pobreza.

Si tengo los cien lises necesarios para el pasaje, no tendré si quiera un sueldo para emprender ningún negocio.

Pero no, no tendré ni cien lises ni un lise; no sabré lo que me queda hasta que haya arreglado mis deudas en París.

Si nada tengo, iré tranquilamente á Nantes, allí me embarcaré como simple marinero, y comenzaré allí en tierras lejanas como han comenzado los hombres de energía, que siendo jóvenes no tenían un céntimo y han tornado ricos de las Indias. Desde esta mañana he vislumbrado fragmento mi porvenir. Es más horrible que para cualquiera otro, para mí, para mí, mimado por una madre que me adoraba, querido por el mejor de los padres, y que al entrar en

Eugenia leía aquellas tres palabras, escritas en caracteres de fuego en todas partes.

—¡Reconocer á él ya! No, no leeré esa carta; debo alejarme... ¡Sin embargo, si yo la leyese!

Miró á Carlos, tomó con suavidad su cabeza, la colocó en el respaldo del sillón, y Carlos se dejó ma-